

Santa Catalina, en la iglesia de Santiago de Funes con un rosario de rosas como nimbo florecido.

El color se agradece sobre todo en orfebrería. Navarra ofrece primores y obras excepcionales; la Virgen de Ujué, cuajada de pedrería y esmaltes, lleva hasta las alturas el mensaje románico.

El catálogo queda hecho. Las piezas asidas por su documentación, medidas y fotografías; los edificios abarcados por tantos diseños, de pulcra ejecución. Modélico empezó el Catálogo; así continúa y así se percibe el término.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José, *El artista en la sociedad española del siglo XVII*, Colección Ensayos Arte, Ediciones Cátedra, Madrid, 1984, 302 p., 47 ilustraciones.

Con la publicación de este libro, el autor continúa con una línea de investigación que inició hace algunos años con un artículo que fue a la vez pionero y ejemplar ("la vida de los artistas en Castilla la Vieja y León durante el Siglo de Oro", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVII, 1959, p. 391-4397, y que ha conocido posteriormente otras prolongaciones por parte del mismo.

El estudio de la situación social del arte y del artista en el siglo XVII no es fácil, sino que requiere un amplio y profundo nivel de conocimientos en quien lo aborde —como sucede en este caso—, no sólo por la importancia cuantitativa y cualitativa del arte de este período, sino también por los cambios que experimenta la consideración social de la obra de arte y del artista en este momento, con respecto al pasado, iniciando algunos de los caminos por donde discurrirá más tarde el arte moderno. También ha resultado beneficioso para el resultado final del estudio el hecho de que el autor haya seguido a lo largo de su vida investigadora una trayectoria no única, sino plural, lo que le ha puesto en contacto con la obra de arte desde perspectivas diversas. Así, entre el material reunido para la elaboración de este libro se cuentan datos extraídos de estudios monográficos de artistas, de publicaciones contemporáneas al artista, de tratados artísticos de la época y de fuentes documentales, publicadas o inéditas, de tal modo que en ocasiones se hace imprescindible la lectura de las notas a pie de página, pues resultan tan fructíferas como el texto al que se refieren. Todos estos datos se ordenan y distribuyen en los correspondientes capítulos y apartados, de manera que el lector puede ir penetrando progresivamente en los mecanismos sociales que rigen la actividad artística durante el Siglo de Oro. Efectivamente, aunque el libro se haya centrado en el siglo XVII, son frecuentes las referencias a la centuria anterior, pues es inevitable retroceder al siglo XVI para explicar el origen de cuestiones tales como la consideración del ejercicio del arte como profesión liberal, la primacía de la Pintura sobre la Escultura, la afirmación del artista en la estructura social a través de la obtención de un status económico más elevado, una mayor formación intelectual, la concesión de títulos y distinciones, etc.

El libro comienza considerando la regulación legal del ambiente en el que se forman y trabajan los artistas: el aprendizaje del oficio, la composición del taller y el contrato de la obra de arte, con sus correspondientes tasaciones y formas de pago. A continuación se estudia cada una de las especialidades artísticas, desde las más intelectuales hasta las más mecánicas, pues durante el Barroco desaparece el concepto renacentista de artista total. Se empieza con el arquitecto, que supera ya definitivamente el status medieval de maestro de obras y cuya actividad es esencialmente mental, ya que su tarea principal es la de dar las trazas, no sólo de las grandes obras arquitectónicas, sino también de arquitecturas efímeras, retablos, etc. Para ello precisa una amplia formación, que consigue en gran parte a través del conocimiento de los tratados. La actividad del pintor durante el siglo XVII es compleja, pues no se limita a la pintu-

ra de cuadros y frescos, sino que también se ocupa de la policromía de la escultura, de la pintura de arquitecturas provisionales y de la decoración escenográfica. Desde el Renacimiento la Pintura se había convertido en el caballo de batalla para los partidarios de la declaración del quehacer artístico como actividad liberal, con los consiguientes beneficios de prestigio social y exención de cargas fiscales. Mayores dificultades para el reconocimiento de arte liberal presenta la Escultura, por su mayor servilismo de ejecución y por estar ligada gremialmente a la carpintería en ocasiones. Plateros, rejeros e ingenieros completan el panorama de especialidades artísticas del Barroco presentadas por el autor.

Los dos capítulos siguientes se ocupan de la clientela. El trabajo del artista de ordinario se destina a un cliente con el que se ha concertado previamente la realización de la obra, pero también se constata la existencia de pinturas ejecutadas para ser vendidas posteriormente en la tienda del artista o a través de un tratante, lo que significa que comienza a aparecer el mercado del arte, que también se nutre de las almonedas. La clientela artística abarca todas las capas sociales: desde la realeza al pueblo llano, aunque este último sólo puede acceder a la obra de arte a través de cofradías. Como es lógico, existe una correlación entre la calidad del artista y la situación económica y social de la clientela para la que trabaja, ya sea individual o colectiva. El gran nivel artístico alcanzado en la España del siglo xvii sería difícilmente explicable sin la intervención de destacados y entendidos mecenas y coleccionistas, a cuya cabeza hay que situar al propio monarca, especialmente a Felipe IV. Numerosos artistas y de distinto rango y especialización trabajan para la Corona, que se sirve del arte para expresar su poder.

Los capítulos V, VI y VII se dedican al estudio de la situación social del artista en el Barroco, que si bien en su mayoría no consigue superar unas condiciones de vida modestas, en algunos casos logra alcanzar una buena posición económica, distinciones y privilegios, con propiedades inmobiliarias, sirvientes y esclavos. Ello es posible porque el artista toma conciencia de que se le aprecia por el dinero que se paga por su obra, por lo que eleva la valoración de ésta en la tasación. Paralelamente se extiende la idea de que la actividad artística es fruto de una elaboración mental. En el siglo xvii el artista comienza a desvincularse del gremio y a tener unas mayores preocupaciones teóricas y culturales. Se registran los primeros intentos para formar Academias de Bellas Artes. Aumenta también el aprecio por parte del resto de la sociedad, pues se considera un privilegio el poder ver trabajar a un artista destacado.

Finalmente, los dos últimos capítulos del libro se dedican a diseñar el ámbito en el que el artista desarrolla su actividad: el marco religioso, dentro del cual transcurre su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, dándose con relativa frecuencia el caso del artista que es miembro de una orden religiosa, y el espacio geográfico en el que habita y trabaja, lo que a menudo es determinado por la atracción ejercida por los centros artísticos, especialmente en lo que a demanda se refiere, aunque también la obra de un artista pueda ser "exportada" hacia otros lugares.

Si uno de los grandes méritos de este libro es que el lector se asoma de una forma amena a la vida artística del siglo xvii, eso no quiere decir que no se hayan fundamentado científicamente las conclusiones a las que se llega, o que se hayan obviado cuestiones teóricas. Por el contrario, se trata de un estudio riguroso y ampliamente documentado sobre el momento más brillante de nuestro pasado artístico.—MARÍA JOSÉ REDONDO.